

Pero alguien sí ha visto a la niña salir de las oficinas de Aztlán. En la esquina, un coche negro y lujoso arranca y pasa lentamente enfrente del centro ecológico.

CAPÍTULO 7

En busca de evidencia



Carlos había oído que la Hacienda la Jacaranda, aunque no la única, era la peor con respecto al uso de pesticidas. En Aztlán, todos los voluntarios estaban bien enterados de eso. Pero una cosa es leer el reporte de otro voluntario de una queja, y otra ver a una niña preciosa e inocente que, con tanto miedo, viene a pedir ayuda porque su padre está enfermo a causa de los pesticidas.

Una crítica en contra de Operación Aztlán era que no tenía nada de poder: presentaba numerosos informes sobre los pesticidas, protestaba ante el gobierno, pero no cambiaba nada. Aunque Carlos no lo admitía, poco a poco se iba quedando convencido de que la crítica era cierta, que en efecto los esfuerzos de Aztlán eran inútiles. Y el mejor ejemplo de esto era la Hacienda la Jacaranda. El problema con la Jacaranda no era tan sólo que los



trabajadores en el campo se estaban enfermando, sino que la mayoría de los habitantes de la región comían productos de la jacaranda. Todos se estaban enfermando: primero los campesinos que trabajaban la tierra, y luego cualquiera que comiera los productos de esa tierra.

Carlos estaba seguro de que las autoridades sabían lo que pasaba. Pero no hacían nada, tal vez porque les tenían miedo a los poderosos hacendados, tal vez porque los hacendados les pagaban bien para no hacer nada.

Como los escándalos en muchos lugares, éste ocurría a plena vista, todo el mundo sabía lo que pasaba. De vez en cuando, cuando les parecía conveniente, los hacendados y las autoridades hacían algún esfuerzo cínico y débil por esconderlo. Pero la mayor parte del tiempo no les importaba que la gente supiera lo que pasaba. A fin de cuentas, ¿quién sería tan loco como para enfrentarse a los poderosos hacendados, que gozaban de tanto dinero e influencia?

¿Y quién se enfrentaría al más poderoso de Querétaro, Silvestre Aguilar, quien en ese mismo momento buscaba aun más poder con su candidatura a diputado del gobierno?



Durante las primeras semanas en Querétaro, Jamie solía ver a Carlos una vez por semana. Pero ahora el contacto entre los dos es diario, e incluso hasta dos o tres

veces al día. Esto le causa a Jamie cierta preocupación, pero no lo puede evitar: si no ve a Carlos, o por lo menos habla con él por teléfono, se siente vacía, deprimida. De manera que cuando Carlos la llama una mañana para invitarla a que lo acompañe al mercado, Jamie acepta encantada.

—¿Qué vamos a comprar?

—En el restaurante faltan frutas y legumbres. Pero también quiero aprovechar la ocasión para hacer unas pruebas—responde Carlos.

—¿Pruebas? ¿De qué?

—De los productos de la Hacienda la Jacaranda. Quiero averiguar si están contaminados.

A Jamie le parece extraño que tales pruebas no se hagan antes.

—Sí, entiendo que te parezca extraño —le explica Carlos—. Pero Aztlán no es una organización oficial. Según las leyes, las quejas, o reclamaciones, tienen que hacerse por los individuos que han sufrido algún daño. Pero como ya sabes, la gente tiene miedo de quejarse, de presentar una reclamación formal.

—¿Pero cómo en un caso tan obvio nadie ha reclamado? Es raro, ¿no?

—Tienes razón, Jamie—dice Carlos con un gesto de disgusto—. Yo mismo no lo entiendo. Pero vamos a ver lo que podemos hacer.

Jamie sugiere que se dividan las compras: Carlos comprará las frutas, y ella los clotes y las legumbres. Y así

compran de todo, haciendo preguntas, conversando con los vendedores y los clientes y teniendo cuidado de no mezclar los productos de la Jacaranda con los de las otras haciendas.



El teléfono suena en la habitación de Paco Aguilar.

—Sí, sí, soy yo . . . Paco. ¿Qué hay?

El joven escucha con mucho interés. La conversación es urgente y breve.

—Gracias, José . . . muchas gracias. Se lo diré a mi padre.



Paco encuentra a su padre solo en su despacho.

—Papá, me ha llamado José Salinas, del laboratorio de

la universidad. Parece que alguien ha llevado varios productos de nuestra cosecha para comprobar si contienen pesticidas.

Silvestre Aguilar se pone rojo de rabia.

—Será Aztlán, ese muchacho del restaurante. Y su amiga, la gringa.

—Sí, pero ¿qué importa, papá?

—¿Qué importa? Importa mucho. En este país si uno tiene éxito en algo, todo el mundo lo envidia.

—Pero tenemos la responsabilidad de producir una buena cosecha. Por eso usamos los pesticidas. Ésa es nuestra defensa. Hasta la constitución nos protege.

—¡La constitución! ¡Y si en eso tenemos que confiar! El problema está en que si la oposición encuentra algo que se pueda usar contra mí como candidato. . . . Ese muchacho, el hijo de los Navarro, el que era tu amigo, ¿cómo se llama?

—Carlos. Se llama Carlos.

—Sí, Carlos. ¿Es posible que le esté pagando uno de los otros candidatos?

—Lo dudo, papá. Carlos Navarro es un ecologista, totalmente dedicado —contesta Paco. De repente, sin saber por qué, Paco siente lealtad hacia su viejo amigo, siente un deseo de ser justo con él—. Además, a Carlos nadie lo compra. Es . . . es un altruísta, un idealista —añade Carlos.

—Ajá. Ya me lo imaginaba. Son los peores. Pero está conspirando con la estadounidense, y ella ya es bastante

peligrosa.

—¿Peligrosa? Pero, ¿por qué?

—Pues ya veremos. Hay cosas que no necesitas saber por ahora. Por el momento, basta. En cuanto al laboratorio, díle a tu amigo que yo hablaré con su jefe. Y no va a pasar nada. El jefe y yo nos entendemos, ¿sabes?

—Sí, papá. Está bien.

Paco Aguilar sale del despacho de su padre. No quiere hacer más preguntas porque ve que su padre ya no quiere seguir hablando. Pero siente que una curiosidad angustiosa invade su mente, su corazón, como los insectos que devoran los productos de la jacaranda, y que a toda costa hay que matar.



Tras llevar los elotes a un laboratorio para hacerles unos exámenes, Jamie y Carlos se dirigen a la Oficina de Salud de Querétaro donde, gracias a la ayuda de un amigo de Carlos que trabaja allí, descubren que la Hacienda la Jacaranda ha sido objeto de varias quejas por el abuso de pesticidas. Esto era de esperarse, pero al leer las quejas, se enteran de algo totalmente inesperado.

—¡Jamie! —dice Carlos emocionado—. ¡Mira el nombre que han puesto como propietario de la Hacienda la Jacaranda!

Jamie se acerca. En todas las quejas, en el renglón para el nombre del propietario, ve: "doña Josefa de González."

Y debajo del nombre lee: "No puede ser localizada."

En el coche, camino al restaurante, Jamie y Carlos hablan de su descubrimiento.

—Si el título no está a nombre de Silvestre Aguilar, será por algo —reflexiona Jamie.

—Claro, pero todo el mundo sabe que él es el dueño de la hacienda. Los de la Oficina de Salud no quieren hacer nada, y por eso usan el nombre de tu bisabuela. Es sólo un pretexto para que Aguilar pueda seguir haciendo lo que quiera en la Jacaranda, sin tener que responder a nadie. Ellos son cómplices de los crímenes de Aguilar.

—Carlos, tienes poca confianza en los oficiales.

—Sí, es verdad. Pero esto no es sólo en México. ¿En tu país no es así también? Los ricos mandan, ¿no?

Jamie piensa un momento.

—Tienes razón quizá, no sé. También tenemos bastantes escándalos en los Estados Unidos. No sé.

—Mira Jamie, mis padres, como pequeños negociantes, han tenido mucha experiencia en estos asuntos. ¿Por qué no hablamos con ellos esta noche? A ver qué opinan.

A Jamie esto le parece buena idea, así como la invitación de Carlos de ir a cenar con él al Arcángel.

CAPÍTULO 8

Un caso en contra de don Silvestre



A los padres de Carlos les gusta tomar un café después de la cena. Esa noche Carlos y Jamie los acompañan en su mesa, en un rincón del restaurante.

—Papá, mamá, les quiero hacer una pregunta —empieza Carlos—. ¿Nosotros usamos frutas y verduras de todas las haciendas para las comidas en el restaurante?

—Sí, con excepción de la Hacienda la Jacaranda —responde la Sra. Navarro.

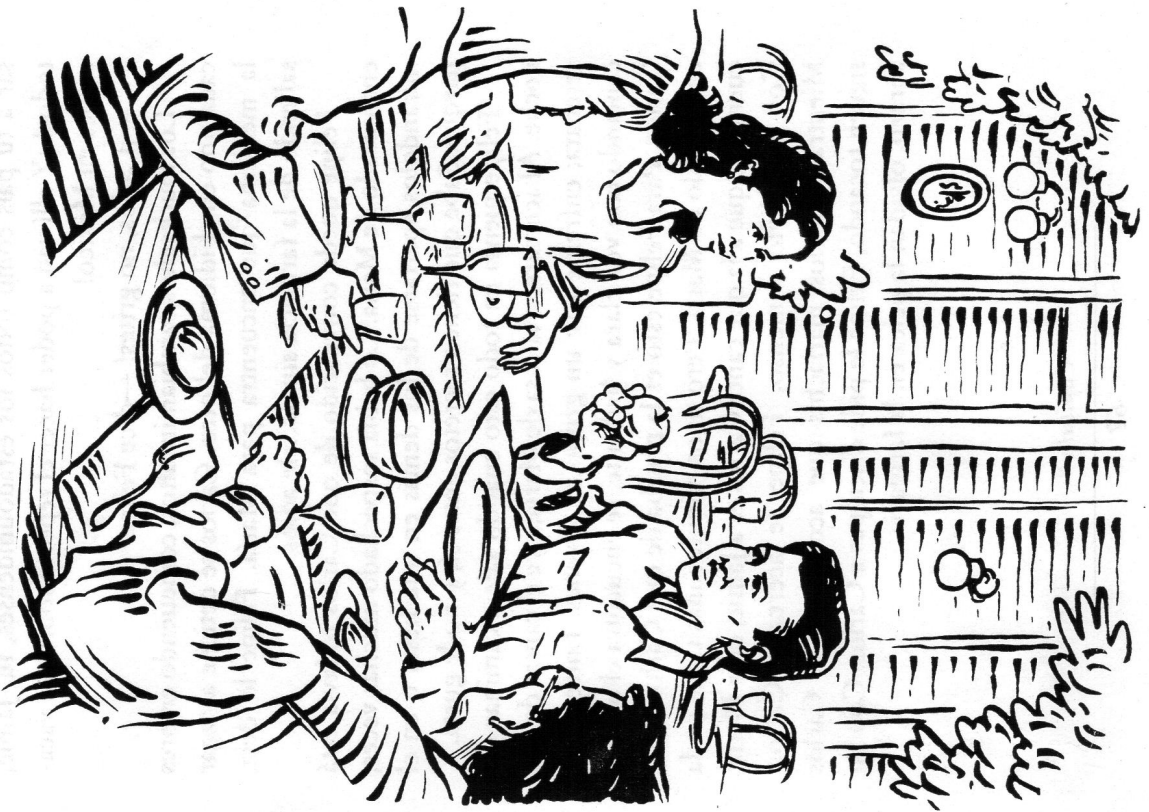
—¿Por qué de allí no? —pregunta Carlos.

El Sr. y la Sra. Navarro se miran. Luego el padre contesta:

—Porque los precios son altos, y la calidad inferior.

—¿Y si tenemos pruebas definitivas de que sus productos tienen niveles muy altos de químicos prohibidos?

—pregunta Carlos.



Los dos mayores se miran otra vez. El padre toma la palabra:

—Ten cuidado, hijo, con la Jacaranda. Es propiedad de Silvestre Aguilar y no hay nada en Querétaro, ningún negocio, ningún individuo, que no dependa de él de alguna manera. Hasta nosotros, ¿eh? La hipoteca de este restaurante es del Banco de la Bahía. Y Aguilar es uno de sus principales accionistas.

—Muchachos, yo sé que ustedes sienten que tienen que hacer lo que sea correcto y justo —sigue la Sra. Navarro—. Tolerar la maldad por oportunismo es uno de los vicios de nuestro país. ¡Pero tengan cuidado, eso es todo lo que pedimos!

—No te preocupes, mamá —dice Carlos, con una voz suave y tierna—. Tendremos cuidado.



Al día siguiente, Jamie, María, Carlos y Felipe van de compras al centro. Pero María se siente resfriada, así que Carlos y Felipe dejan a las muchachas otra vez en su casa. Antes de llevar a Felipe a la suya, Carlos decide ir a la farmacia para comprar una medicina para María. Esto le molesta a Felipe.

—¡Tú eres el encargado de mantener llena su botica personal? —le dice a Carlos, con un tono sarcástico.

—¿Qué dices? —dice Carlos, sorprendido—. No entiendo.

—¡Yo sí entiendo perfectamente! —contesta Felipe—. ¡Todavía te gusta María!

—¡Eso no es cierto! Y de todos modos, ¿a ti qué te importa? —contesta Carlos en voz alta—. ¡Tú vas a regresar a tu país como todos los estadounidenses, tú, Jamie, todos! ¡Y allí van a poder hacer el reporte sobre sus vacaciones en México!

—¡Carlos, no grites! —dice Felipe.

Los muchachos cambian insultos, cometiendo errores cada uno en el idioma del otro. Carlos se detiene a pagar la medicina que encuentra para María. Felipe lo deja, saliendo de la farmacia sin decirle adiós.

Felipe queda convencido de que Carlos todavía está enamorado de María. Lo había sospechado muchas veces, mirándolos apartarse de los demás en una fiesta o en el parque. Sabe que tienen secretos entre sí, y no le gusta.

Felipe piensa en todo esto cuando sale a caminar esa noche. Al acercarse a la casa de María, oye el cantar de una serenata; enfrente hay un grupo de jóvenes. Entre ellos, cantando con voz clara y brillante, se encuentra el mismo Carlos. Para Felipe esto es la prueba de que Carlos sigue enamorado de María. Pero unos minutos más tarde se da cuenta de que a la que canta Carlos es a Jamie, no a María. Con un alivio inmenso, Felipe se acerca a Carlos. Mientras que los mariachis que acompañan a Carlos siguen tocando, Felipe le pide disculpas a Carlos. Con un abrazo, olvidan la pelea en la farmacia.

Pero Carlos no queda satisfecho de su propio comportamiento en la farmacia. Guarda de sí mismo una imagen de persona lógica y sensata. Nunca entra en estúpidas peleas como algunos de sus compañeros de clase.

¿Qué le pasa, pues? Carlos piensa que quizás reaccionó de manera tan violenta porque se siente tan frustrado en su trabajo en Aztlán. Después de hablar con el director de Operación Aztlán y mostrarle el reporte que confirma que los pesticidas que se usan en la Hacienda la Jacaranda son ilegales, éste le dijo que no hay nada que se pueda hacer contra los hacendados que usan tales pesticidas. Todo es corrupción, complicidad. O quizás lo que tiene a Carlos tan angustiado es su gran cariño por Jamie. Siente que Jamie lo quiere a él también, pero a la vez sabe que hay enormes obstáculos para que los dos se hagan novios.

Ese atardecer en su coche, cuando Jamie y él regresan de Aztlán, Carlos le cuenta a Jamie lo que pasó en la farmacia.

—Ayer Felipe y yo nos disgustamos, ¿sabes?

—Sí, María me dijo algo.

Ninguno de los dos dice nada más. Al llegar a la cumbre de unas colinas, Carlos detiene el coche. Ante los dos hay un paisaje maravilloso: tierras entre las más ricas del país que se extienden hasta el horizonte azul y nublado, donde un magnífico sol mexicano se está poniendo.

Carlos y Jamie salen del coche. Cogidos de la mano, los dos caminan un poco.

—Aquí tienes tu vida, Carlos—dice Jamie.

—Sí, Jamie, aquí pero contigo.

—En poco tiempo yo estaré en mi país—dice Jamie.

—¡México es también tu país!—insiste Carlos.

—¡No!—dice Jamie. Los ojos se le llenan de lágrimas—. Este país me encanta, me fascina. Y tú también me fascinas. Pero yo soy de allá, del otro lado.

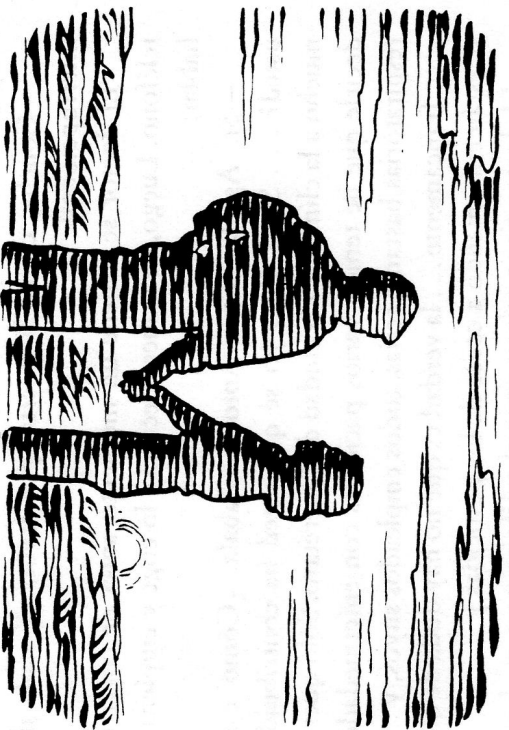
Los dos dejan de hablar.



Querido Diario:

Esta tarde, por primera vez, Carlos me besó.

Buenas noches, querido Diario.



CAPÍTULO 9

Una reunión secreta con Rogelio



Al salir el campesino de su consulta, el doctor Zabala le habla a la recepcionista.

—Concha, llama al Sr. Aguilar. Necesito hablar con él urgentemente.

—Sí, doctor—responde la recepcionista—. La Sra. María Linares tiene una cita. ¿Quiere usted verla ahora?

—Sí, sí, díle que pase.

María, resfriada, entra en la consulta del médico. La visita dura poco. Al salir, Jamie, que la había acompañado, le pregunta:

—¿Qué te dijo el doctor?

—Que tome aspirina, mucho jugo de naranja, té con limón y que guarde reposo—contesta María con una sonrisa.

Las dos salen. En ese mismo momento suena el telé-